

ANTONIO PEREIRA, NUEVO POETA

M. Fernández Almagro

No pasan muchos números de la colección Adonais en que en alguno de ellos se revele un nuevo poeta. Nuestra poesía actual no podría explicarse sin la existencia de esta cadena de concordes eslabones, que nunca deja de ofrecer la novedad de un nombre una obra.

Novedad decimos sin pensar, claro es, en el sentido bibliográfico o comercial de las novedades, sino en la más abierta y elevada acepción del joven que llega con un personal resplandor poético sobre la erguida frente. Tal es el caso de Antonio Pereira, portador de un libro. «El regreso», que se nos presenta con luces de aurora difícilmente extinguidas, sino más bien llamadas a alumbrar un claro mediodía. Pero hablar de un «poeta nuevo» no quiere decir que hablemos de un poeta novel. Antonio Pereira no puede considerarse novel si nos asistimos de la cronología ya que ha cumplido cuarenta años de edad, según la útil solapa informativa de «El regreso». Pero lo que importa es que traiga nuevas formas, palabras, emociones personales... en cantidad y calidad bastante para que podamos registrar, en efecto, el advenimiento de un poeta. Ha pasado gran parte de su vida en el extranjero, en Hispanoamérica, en París. Experiencia que le ha sido conveniente, entre otras razones, por estas dos: conocer países y literaturas diversos y proveerse correlativamente de una buena cantidad de reactivos emocionales.

Para experimentar la singular emoción de volver, hay que ir. Pero Grullo descubrió esa verdad, como todas, de tradición inmemorial, pero los poetas la confirman antes y después de Du Bellay, con sus cantos, más frecuentemente dedicados al retorno que a la partida, como si diesen más importancia al desencanto que a la ilusión. No sé regresa con el mismo esperanzado ánimo que inicie el viaje. La nostalgia del hogar distante puede más que el plan ideado. Como quiera que sea, y ahora no lo hemos de dilucidar. Antonio Pereira da a este su primer libro el título de uno de los poemas que lo integran, el más significativo, puesto que lo escoge para izarlo en lírico pabellón:

Sobre las carreteras amarillas

del mapa inolvidable
vuelvo a lo mío, a hincarme de raíces
en el suelo, mi suelo de verdades.
Si antes conté el camino por provincias,
luego por cordilleras y eriales,
al fin por la, acacias una a una
y por pájaros vivos en mi sangre...
...Y digo ¡cuánto os amo!,
a vosotros, los cien mil habitantes
de esta ciudad que ni siquiera nombro,
porque todos ,lo saben,
su nombre de carbón redondo y puro,
de trenes en la noche palpitante;
duro como una espada.
que parte en dos el corazón del aire.

Antonio Pereira se ha sentido antes que nostálgico, desterrado, por voluntario que haya ido su despegue de la tierra nativa. La primera impresión, sin duda, es la del ausente de todo lo entrañable y connatural. No importa a tales efectos que le vaya bien o mal al desterrado en su programa de vida. El simple turista no llega a hacer programas: o se los dan hechos o los improvisa para su inmediato cumplimiento. El desterrado va mucho más allá en el tiempo y en el repertorio de sus emociones. Por lo mismo que su regreso es incierto y también incierta su permanencia, el recuerdo se apodera de él con garra de extraordinaria presión. El desterrado no es precisamente el emigrante, que si vuelve pronto es porque ha fracasado. Quien padece el destierro vive obsesionado por el regreso, cuanto más lejano, más seductor. Antonio Pereira, en el poema que por llamarse «El desterrado» y responder, en efecto, a esa situación, nos introduce en el mundo, medio luz, medio sombra, de «El regreso», nos confiesa:

Las calles salineras
que mueren en el mar,
son ríos de silencio,
ramos de hostilidad...
...Calle arriba y abajo,
losas para marchar
despacio, porque todo en Guayabamba
es lento, lento, lento como la eternidad...
...Camina, se detiene...
¿Nadie le va a llamar
por su nombre? No, nadie
le llamará...
Consulados de bronce,
verjas de alto metal,
templos de rito extraño,
¿dónde podrá llorar?

La sencillez y la transparencia de la expresión, la cálida temperatura humana de la emoción que el poeta transmite. el tornasol psicológico de todo eso que le impresiona a lo largo de su divagación por las calles que le imponen rutas al azar, seguro de no tropezar con nada que le sea conocido y amado, son señales inequívocas de la autenticidad con que «el desterrado» solloza o está a punto de sollozar, sin eco en las gentes que pasan. La matización de la diversidad de sentimientos -y de pensamientos también-, es característica común a todos y cada uno de estos poemas, que permiten identificar al poeta en el hombre que crea su propia vida con el corazón en la mano los inquietados por el ir y venir, no ya de él mismo, sino de cuanto le rodea, en plataforma giratoria que le hace descubrir paisajes físicos y morales muy variados, y que sin embargo, no le alteran, espectador con el alma traspuesta a la vida que dejó

atrás:

...Allá amanece ahora entre los montes.

¡Qué pura el agua inmóvil de los pozos!

Las ventanas, ay luz, eran sin rejas.

¿De dónde, ay noche, la canción que oigo?

Tiembla, sentís. No miente

Ama. Sueña. Eso es todo.

El tema: clásico y romántico del destierro implica subtemas susceptibles de enriquecer esa delicada escala de matices a que nos venimos refiriendo, con reacciones personales. El recuerdo opera como activo fertilizante, y así nos es dada la poética y humana solidaridad con el autor de estos versos tan diáfanos y fácilmente comunicativos, no exentos de resonancias literarias: también la poesía es lectura, piedra de toque, punto de referencia para contrastar lo ajeno, humano también. Pero el ámbito en que se mueve Antonio Pereira le es enteramente propio y su voz prevalece con la intensidad, con el tono y timbre que percibimos, por ejemplo, en «Ciudades sucesivas», «Ciudad de Normandía», «Un árbol con su sombra prevenidas» «La casa, la noche», «La plaza Mayor», «Los míos», «Ciudad sin tiempo»... A todas estas composiciones las enlaza el hilo de un lenguaje directo que acaso se pase hasta lo vulgar o prosaico por una extremada preocupación de utilizar nimios detalles de la vida cotidiana o tópicas reacciones: tópica de puro humanas, pero necesitadas precisamente por eso da un cierto tamiz que seleccione recursos expresivos. Naturalmente, ese peligro acecha a los poetas de hoy, de hoy mismo, que se han visto en la necesidad de recobrar contra otras normas o procedimientos de sentir la realidad inmediata. En «El pequeño tren», verbigracia, vemos una innecesaria fruición en el pormenor:

...Dieciocho kilómetros diarios

nueve y nueve, contándoles ida y vuelta,

para enlazar a tiempo con los grandes

expresos que conceden un minuto...

Nos cuesta trabajo ver en los versos transcritos un ejemplo de prosa trasfigurada en poesía. Pero lo prevaleciente en Antonio Pereira es esa transfiguración que en tantos

casos hemos ponderado ya que la poesía está en todo por insignificante que parezca. La varita mágica del poeta de calidad tiene que transmutar esas realidades de doble fondo para, que su secreto quede al descubierto. En «El parque infantil» verbigracia. el tema es fácil pero su efecto difícil de lograr, y Antonio Pereira lo consigue en versos como éste: «El suelo es blando de inocencia y musgo...» Luego viene a ingerirse la preocupación social tan de nuestros días y que por tanto no podía faltarle a Antonio Pereira, con más relieve que en otros poemas en «Ciudad de los viejos» por ejemplo:

A vosotros, mis amigos, los fuertes

niños que mal llamamos viejos...

La ternura es otra nota que importa señalar en la escala de valores poéticos que corroboran la madurez de un poeta nuevo.